# Amor supremo

Autor: Juan TOMÁS FRUTOS
Categoría: Varios / otros
Publicado el: 23/08/2012

---

Creo que no hay un amor que supere al que se puede sentir por un hijo o una hija. Adelanta a cualquier sentimiento. Surge de la pura antropología de cada cual. Es como quererse uno a sí mismo, pero más, pues sabemos que en ese cariño hay transcendencia. Es increíble. Uno no puede suponer lo que ama hasta que tiene a un niño en sus manos del que tiene que cuidar hasta el fin de los tiempos. Lo cuidará seguramente incluso cuando no esté en esta dimensión.

La naturaleza es sabia, y no muestra ese sentimiento hasta que lo ejerces, hasta que no sobreviene la ocasión, pues, si lo hiciera en lo más mínimo, seguramente renunciaríamos a muchas cosas para dar con ese itinerario fascinante que es la paternidad mucho antes. Es una obligación, sí, lo que supone e implica el ser padres, pero también es un gozo en el que las luces superan a las agonías o dolores que se puedan sufrir.

Un valor añadido del amor al hijo es que uno acaba por extenderlo a todos los niños y niñas del mundo. Empatiza con la infancia, con sus dones, con sus miedos, con sus expectativas, con sus independencias y anhelos, con esa felicidad que es fruto de un futuro en el que todo está por escribir. La fiesta de esa etapa nos alcanza y nos hace ser un poco niños, redescubriendo lo que nunca se fue de nuestros corazones y mentes.

El amor a estas criaturas que tienen todo el universo por delante se convierte en la espina dorsal de nuestras actividades cotidianas. Uno evoluciona cada día desde lo más nimio a lo más importante pensando en que, si tienen sentido las diversas actividades realizadas, es porque detrás de nosotros, en paralelo a lo que desarrollamos, existen esos pequeños y pequeñas que nos endulzan hasta los peores momentos. Los infantes nos dan justificación y hasta explicación respecto de lo que llevamos a cabo.

Nos acercamos a las esencias, a los valores, a las emociones, a los pasatiempos, a las importancias relativas, a lo que tiene relieve y a lo que no, gracias a las enseñanzas que nuestros pequeños nos regalan, elevándonos, como consecuencia de ello, por mares, lagos y territorios en los que el aprendizaje es constante y entretenido.

Los niños compaginan todo de una manera extraordinaria. Son lo que son: no se esconden. Muestran la naturalidad que, luego, en otros estadios, echamos de menos. No son fatalistas. Creen en lo que les contamos, y, sobre todo, confían en quienes les rodean. Nos regalan fantasías, ilusiones, disposiciones, creencias, posibilidades, fundamentos de vida... Tenerlos cerca es recordar aquello que nunca quisimos dejar, y que, sin embargo, sin que sepamos el porqué se nos fue a alguna parte.

Hay muchos amores, seguro. Todos son un regalo, un don. Es posible que, en su unión sin defectos, esos cariños, cuando son auténticos, sean los exponentes de que la dicha existe. Siendo parte de ese todo, el amor a los hijos es una especie de alegría suprema que, siendo igual, está por encima de muchos sentimientos. Tanto es así que supera los fatalismos y las determinaciones. Nos libera también de cuerdas invisibles que nos atan a cuestiones que no son tan cruciales como otros nos cuentan a lo largo de nuestras vidas. Lo importante para un niño es amar y ser amado, no sentirse solo, aunque lo esté, aprender, gozar, saciar deseos sencillos, no esperar ni pensar en el mañana, sino sólo en el presente. Un niño no hace daño a sabiendas. Es un humano en estado puro, y por lo tanto son los bienes esenciales a preservar.

Además, los niños son los ejemplos de que el amor existe en el mundo, y, por ende, son la garantía de su salvación. Si algo nos hace pensar en que habrá un mañana, y otro, y otro, es la llegada de niños a este planeta que, si en algo conserva sus valores, es por los más pequeños, que ríen más que nadie, que nos aportan más alegría, que nos recuerdan lo que tiene cimientos y lo que no, que nos envuelven con el manto de lo absoluto y de lo relativo Por todo ello, si hallamos niños que no estén así, hagamos todo lo posible para que el mundo de la infancia no pierda sus constantes vitales. Las suyas son las nuestras. Sin ellas, sin ellos, no somos nada. Son el Amor Supremo. No lo olvidemos.

**Juan TOMÁS FRUTOS.**

---

Publicado bajo licencia Creative Commons BY-NC-ND

Enlace original del relato: ir al relato
Otros relatos del mismo autor: Juan TOMÁS FRUTOS
Más relatos de la categoría: Varios / otros
Muchos más relatos en: cortorelatos.com